

Opiniones de mujeres

María Domínguez



Mujer



red.es

Esta edición electrónica en formato ePub se ha realizado a partir de la edición impresa de 1933, que forma parte de los fondos de la Biblioteca Nacional de España.

Opiniones de mujeres

María Domínguez; Hildegart

Índice

- Cubierta
- Portada
- Preliminares
- Opiniones de mujeres
- Dedicatoria
- Para la autora de este libro
- La mujer en la historia política y económica de los pueblos
- Feminismo
- La mujer en el pasado, en el presente y en el porvenir
- El socialismo y la mujer
- Costa y la República
- Acerca de esta edición
- Enlaces relacionados



MARIA DOMINGUEZ

Primera Alcaldesa de la República, valor legítimo, autodidacto. voluntad indomable, tenacidad ejemplar, clarísima percepción de los problemas, escritora, ciudadana y apta para su misión de árbitro de conciencias.

Opiniones de mujeres

DEDICATORIA

Para Cristóbal de Castro, a cuyo sano anhelo reivindicador tanto debemos las mujeres de todo el mundo. Con un cariñoso recuerdo de

LA AUTORA

Para la autora de este libro

UNA mujer ha habido en nuestra España, bravo ejemplo a las demás mujeres, que ha regido por vez primera los destinos de un pueblo. La primera alcaldesa que un pueblecito aragonés, el de Gallur, tuvo en régimen republicano, es la autora de este libro, es María Domínguez. No es posible hacer aquí ni aun un resumen de su vida. Intentarlo, sería tarea inútil. La vida de María no puede escribirse en unas líneas, ni concentrarse en unas páginas; necesita un libro para ella, y felices de aquellas vidas que tanto se salen de la vulgaridad y del anónimo, que merecen que para relatarlas se les dedique tanta y tan dilatada extensión. Feliz, pues, María Domínguez, que merece vivir todo lo que ha vivido y como lo ha vivido, para curtirla en plena madurez y darle toda la sana serenidad de una larga experiencia.

Por ello he de ofrendarle con viva simpatía este prólogo a sus bellas conferencias de mujer liberal. Prólogo que es también una conferencia, con que señalé mi ingreso en la Económica Matritense de Amigos del País. No pretendo, con ello, empequeñecer las de María. Ella, que sabe lo mucho que la aprecio y admiro, sabe bien que no. Pero para el público me interesa hacerlo constar. No pretende servir mi conferencia, de contraste para destacar aciertos o errores, sino ser tema abstracto de imparcialidad objetiva e histórica, que pueda servir de preámbulo a las suyas, florecidas silvestres Tesadas con sangre de sus propias Venas, y que son por ello mismo tan atractivas y olorosas. María Domínguez merece ser escritora, y merece ser ciudadana, porque sabe cómo ejercer uno y otro papel. Este es en mí, no el mayor elogio, sino un acto de justicia. No debe, pues, a un

privilegio, su puesto en la literatura y en la obra toda ciudadana de la República. Es un reconocimiento a un derecho que le corresponde. A María Domínguez no le ha asustado, le ha agradado, por el contrario, el pensar, cuando la mujeres no solían hacerlo. En estas frases, pues, de una mujer muy joven, la más joven de las escritoras y de las luchadoras, va también la sincera admiración a su temple de aragonesa y de española, que puso el ideal de la libertad de conciencia, por encima de todos los prejuicios que, como Valla de obstáculos se intentó colocar en su camino.

Y ahora, una pregunta, lector. ¿Sabes cómo es María Domínguez, la exalcaldesa de Gallur, la primera alcaldesa de la República? Es alta, tiene su figura la presencia majestuosa de toda una primera autoridad municipal, y aunque sus manos no empuñen ya el bastón de mando, impone y obliga al respeto esa su acusada personalidad, que se sale de su marco de mujer no cansina, sino andariega espiritual, por las regiones del ideal.

¿Creeréis, por ello, que María Domínguez es orgulloso? Todo lo contrario. Es llana, sencilla, afable; con un corazón de "maña", grande, muy grande, que se ve inundado de justicia y de cordialidad. María Domínguez tiene una fisonomía clara y luminosa, unos ojos inteligentes, una sonrisa de paz en la boca, que sigue siendo bella, y su cabello largo, undoso, que presta marco de suavidad a su rostro atezado por el sol del pueblecito aragonés. María Domínguez, que sin tener el título de maestra tiene esa aptitud, esa vocación indispensable para forjar inteligencias infantiles; que sin ostentar un carnet de periodista hizo sus primeras armas juveniles en "El País", que dirigía Castrovido, y de entonces acá, en diversos periódicos, con los intervalos que le marcaban sus ocupaciones; María Domínguez, poetisa, conferenciante, escritora, es a un tiempo la alcaldesa que se impuso a las luchas de partido y que, siendo socialista, por convicción, sabe recatar el arcano de su conciencia, sin retraer su magnífica independencia espiritual, no

militando en ningún partido, para votar solamente los hombres que mejoren los intereses de la colectividad; para hacer que su pueblo, que ha sido estos meses su mundo, y en general, por España y por la tierra, que el espíritu universalista de María Domínguez, no admite fronteras, cuanto contribuya a beneficiarlo y elevarlo, prescindiendo de partidismos que desunen y acercando intereses que unifican y confunden.

María Domínguez, respetada por todos los partidos, por todos los políticos, retrayéndose en la coraza de esa su formidable independencia espiritual, enérgica y severa, con temple de nueva mujer aragonesa, que abandonando los entusiasmos bélicos de Agustina de Aragón, dedícase a la obra de apaciguar conciencias e imponer la justicia, sabe ser mujer en toda su exquisita feminidad en los cuidados que ha dispensado al pueblecito donde regentó hasta hace unos días una alcaldía. María Domínguez, que se preocupó de la administración del Municipio, la alcaldesa que firmaba sus bandos de orden público, que abarató en lo posible las subsistencias, que emprendió tareas de varón, supo ser mujer cuando atrajo a los niños de su pueblo hacia los árboles, de los que antaño no se cuidaban, sorteándolos entre ellos y otorgando así, a cada niño, el privilegio de poseer un árbol, que regaba semanalmente, y donde figuraba, en una chapita, su nombre como padrino de aquel ahijado forestal; cuando creó en tomo a la escuela modesta el más bello jardín que cuidaron las manos de las niñas educadas por ella, día a día, con tenacidad y tesón admirables, a esforzarse en el cultivo de esas plantas bellas como ellas y como ellas puras.

Así es María Domínguez. Compendio magnífico de virilidad enérgica y de feminidad exquisita; encantador contraste entre su severidad de "alcalde" y su suave ternura de maestra. Primera mujer que actúa en un cargo de dirección popular, dentro de la República, y que ¡o ha rodeado de esa austeridad, de esa rigidez, de esa moralidad y, al

propio tiempo, de esa competencia, que hará más doloroso el contraste, si se deja ir a los nuevos Ayuntamientos a mujeres sin la menor preparación, sin esa independencia espiritual de convicciones, y, sobre todo, sin la sana austeridad rural, campesina, si queréis, de quien, como María Domínguez, enriqueció en unos miles de pesetas la caja del Municipio, y salió de éste, como había entrado, con su sencilla ropa negra y su rostro claro y luminoso, que, nuevo girasol, no se somete a la disciplina de un partido, para dirigirse siempre en amorosa súplica hacia dondequiera que brille el sol de la justicia.

LA MUJER EN LA HISTORIA POLITICA Y ECONOMICA DE LOS PUEBLOS

Discurso de ingreso como socio de número de la abogada señorita Hildegart en la Económica Matritense de Amigos del País.

(Fecha, 8 de abril del año de 1933.)

Señoras y señores:

Nunca mejor aplicada que ahora la frase «Proa avante», con que en combates contra los elementos o contra barcos enemigos, los bravos y legendarios capitanes navales de la Edad Media, estimulaban a sus tripulaciones. «Proa avante» es el signo del progreso, es la muestra de la civilización, es la manifestación de ese constante e inquieto preguntar del hombre, cuyo resorte es un «¿Por qué?» infinito y siempre incontestado, y cuya respuesta son todas y no una sola, los progresos de la ciencia, los inventos de la mecánica, adaptación y armonía a las leyes naturales.

Ocupar esta tribuna reuniendo la triple condición de mujer rebelde frente a los prejuicios sociales, de abogada y de joven representante de la nueva generación, es tarea harto difícil, si no brindaran cordial acogida estas paredes sencillas y gratas, y si este retrato (Carlos III), de quien tanto hizo por la liberación del espíritu de nuestro pueblo, no tuviera en esa su sonrisa irónica y comprensiva de las mezquindades del mundo, con que lo inmortalizó el pintor en el lienzo, la grata prueba de amable bienvenida.

Habituada a la lucha, pese a mi juventud; concedora en lo que debería ser pequeña parte por mis años, y es, sin

embargo, muy grande por la gran abundancia de las pasiones humanas, de injusticias y envidias; deudora a la Naturaleza de un buen humor a toda prueba y de una complexión nerviosa envidiable por lo tranquila, todos estos hechos reunidos me han permitido el gran reposo de mirar al pasado con delectación, sin sentir el acuciamiento imperioso del futuro.

Y al pasado hemos mirado para el trabajo con que señalamos nuestro ingreso en esta Sociedad Económica Matritense de Amigos del País. ¿Qué obra ha desarrollado hasta aquí la mujer en la política económica de los pueblos? ¿Qué obra le cumple desarrollar? No gustamos de ser adivinas ni profetisas. No se hicieron para nosotras las «entrañas» de los agures, ni las pruebas deducidas por la ruta de los astros. Nos limitamos a trazar la ruta de un deber, enmarcada entre los linderos de la necesidad. La humanidad necesita una orientación, y por ella y para ella una conducta en los componentes humanos, que no son sólo individuos, sino miembros o partículas de la colectividad.

Las necesidades sociales exigen la adopción de una actitud. A esta actitud, a este deber aludiremos en las conclusiones de este trabajo. Deber que por serlo no suele ser tan grato, sobre todo a mujeres habituadas a la doble adulación, dieciochesca de un lado de cuantos conservan el viejo criterio romántico y poético de la existencia de la mujer, aunque esas sus bellas frases, sólo sean reconocimiento en muchos casos paladino de la inferioridad femenina, donde la mujer es sólo objeto de placer, manantial de afectos y ternuras; de otro lado, a la adulación de otras mujeres, y algunos hombres, muy pocos, que rompiendo marcha por el lado opuesto, le han cantado su superioridad al varón, y le han hablado repetidamente de derechos. Ni unos ni otros le han hablado a la mujer de deberes. Los primeros, porque creían bastante con verla deliciosamente frívola, juguete o capricho, flor de un día que recrea la vista, y cuando se aja es retirada a un lado. Los oíros, porque creyeron halagar

mejor los nacientes instintos de independencia que germinaban en pechos de mujer, con una concesión o una excitación a la rebeldía, para conquistar lo que se ha dado en llamar nuestros derechos.

He tenido siempre la idea de que los derechos no se conceden, ni se conquistan; se merecen, como todos los privilegios y todas las prerrogativas. Cada mujer tiene que conquistar por sí y para sí, ejerciendo los derechos a que sea acreedora, no todos y automáticamente, sino los que les correspondan, ya que es preferible empezar con la mujer lo que debió hacerse con el hombre, a volver a la misma trayectoria de éste y comenzar más tarde a hacer excepciones, que, por lo numerosas, venían a formar una nueva ley. Del mismo modo que sólo una minoría es apta para escalar los altos puestos representativos, desde la concejalía a la Dirección General o el Ministerio, pasando por las actas de diputados a Cortes, aunque para todas esté abierto el camino, sólo las que merezcan ser madres de familia, tendrán los legítimos derechos que les corresponde de modo parejo a como para ingresar en un cuerpo cualquiera del Estado es menester una oposición o un concurso, alegando méritos y cualidades. Y sólo será plenamente acreedora a su poder de administrar sus bienes, de educar a sus hijos, de dirigir su hogar, la que acredite lo bastante una personalidad independiente para no necesitar del consejo ajeno, y que no vaya a incurrir en el defecto lamentable de ser simple juguete de un director espiritual—clérigo o laico, para el caso es lo mismo—en cuyas manos sea una tutelada en condiciones de inferioridad. Como sólo deberá tener derecho al voto, la que en el momento de depositar su papeleta en la urna electoral, pudiera decir el por qué de ese voto, y no justificarlo, ni por indicación o sugestión ajena, ni por conveniencias o disciplina de partido político cualquiera.

En suma, los derechos de la mujer deberán estar en proporción con lo que su persona merezca. Y para lograrlo,

tenemos que empezar por hablarle a la mujer, aunque sean ásperas y duras nuestras palabras, aunque no halaguemos con ellas vanidades sempiternas, de deberes y obligaciones que cumplir consigo misma y con la colectividad, de la que es un átomo, una molécula más, obediente a ¡iguales leyes o relaciones de interdependencia.

Cuando a la mujer no sólo no le aterrorice el pensar, sino que sienta que es para ella una necesidad, tendrá el deseo imperioso de buscarse temas nuevos sobre los que desarrollar su inteligencia y su actividad, sentirá la afición de discutir y reformar, y la mujer será entonces eminentemente revolucionaria, pero no para destruir, sino para construir y elevar nuevos conceptos que sustituyan a los ya conceptuados como caducos y falsos. Dichosa era aquélla en que todas las mujeres, o a lo menos la mayoría, ejerciten el único derecho que tienen por lo mismo que lleva implícita una obligación, «el derecho de pensar». Pobres de las mujeres que sigan la máxima de aquel rector de la Universidad de Cerbera, que cuando el reinado de Fernando Vil, obedeciendo los dictados de este de clausurar las universidades, cerró las aulas, diciendo: «Lejos de nosotros la funesta manía de pensar».

Recordad, como un aliento para la campaña que se inicia, que el eminente biólogo inglés Julián S. Huxley, acabó con la tesis de la inferioridad femenina, diciendo que «biológicamente hablando, ninguno de los dos sexos es superior o inferior, pero la mujer tiene un cromosoma más que el varón, y que es precisamente la célula portadora de la herencia y determinante del carácter y de las cualidades individuales».

Esto es. traducido a la práctica de los ejemplos, que los «grandes hombres—según un proverbio—no tienen hijos», con lo que se expresa que los grandes hombres no llegan a sus hijos sus condiciones, y que los grandes hombres lo son porque antes que ellos han sido grandes las mujeres